

El dedo pulgar del ingeniero.

Entre todos los problemas que se sometieron al criterio de mi amigo Sherlock Holmes durante los años que duró nuestra asociación, sólo hubo dos que llegaron a su conocimiento por mediación mía, el del pulgar del señor Hatherley y el de la locura del coronel Warburton. Es posible que este último ofreciera más campo para un observador agudo y original, pero el otro tuvo un principio tan extraño y unos detalles tan dramáticos que quizás merezca más ser publicado, aunque ofreciera a mi amigo menos oportunidades para aplicar los métodos de razonamiento deductivo con los que obtenía tan espectaculares resultados. La historia, según tengo entendido, se ha contado más de una vez en los periódicos, pero, como sucede siempre con estas narraciones, su efecto es mucho menos intenso cuando se exponen en bloque, en media columna de letra impresa, que cuando los hechos evolucionan poco a poco ante tus propios ojos y el misterio se va aclarando progresivamente, a medida que cada nuevo descubrimiento permite avanzar un paso hacia la verdad completa. En su momento, las circunstancias del caso me impresionaron profundamente, y el efecto apenas ha disminuido a pesar de los dos años transcurridos. Los hechos que me dispongo a resumir ocurrieron en el verano del 89, poco después de mi matrimonio. Yo había vuelto a ejercer la medicina y había abandonado por fin a Sherlock Holmes en sus habitaciones de Baker Street, aunque le visitaba con frecuencia y a veces hasta lograba convencerle de que renunciase a sus costumbres bohemias hasta el punto de venir a visitarnos. Mi clientela aumentaba constantemente y, dado que no vivía muy lejos de la estación de Paddington, tenía algunos pacientes entre los ferroviarios. Uno de éstos, al que había curado de una larga y dolorosa enfermedad, no se cansaba de alabar mis virtudes, y tenía como norma enviarme a todo sufriente sobre el que tuviera la más mínima influencia. Una mañana, poco antes de las siete, me despertó la doncella, que llamó a mi puerta para anunciar que dos hombres habían venido a Paddington y aguardaban en la sala de consulta. Me vestí a toda prisa, porque sabía por experiencia que los accidentes de ferrocarril casi nunca son leves, y bajé corriendo las escaleras.

Al llegar abajo, mi viejo aliado el guarda salió de la consulta y cerró con cuidado la puerta tras él.

—Lo tengo ahí. Está bien —susurró, señalando con el pulgar por encima del hombro.

—¿De qué se trata? —pregunté, pues su comportamiento parecía dar a entender que había encerrado en

mi consulta a alguna extraña criatura.

—Es un nuevo paciente —siguió susurrando—. Me pareció conveniente traerlo yo mismo; así no se escaparía.

Ahí lo tiene, sano y salvo. Ahora tengo que irme, doctor. Tengo mis obligaciones, lo mismo que

usted —y el leal intermediario se largó sin darme ni tiempo para agradecerle sus servicios.

Entré en mi consultorio y encontré un caballero sentado junto a la mesa. Iba

discretamente vestido, con

un traje de tweed y una gorra de paño que había dejado encima de mis libros. Llevaba una mano envuelta

en un pañuelo, todo manchado de sangre. Era joven, yo diría que no pasaría de

veinticinco, con un rostro

muy varonil, pero estaba sumamente pálido y me dio la impresión de que sufría una

terrible agitación, que

sólo podía controlar aplicando toda su fuerza de voluntad.

—Lamento molestarle tan temprano, doctor —dijo—, pero he sufrido un grave accidente durante la noche.

He llegado en tren esta mañana y, al preguntar en Paddington dónde podría encontrar un médico, este

tipo tan amable me acompañó hasta aquí. Le di una tarjeta a la doncella, pero veo que se la ha dejado aquí

en esta mesa.

Cogí la tarjeta y leí: «Victor Hatherley, ingeniero hidráulico, 16A Victoria Street (3.er piso)».

Aquéllos eran el nombre, profesión y domicilio de mi visitante matutino.

—Siento haberle hecho esperar —dije, sentándome en mi sillón de despacho—. Supongo que acaba de

terminar un servicio nocturno, que ya de por sí es una ocupación monótona.

—Oh, esta noche no ha tenido nada de monótona —dijo, rompiendo a reír. Se reía con toda el alma, en

tono estridente, echándose hacia atrás en su asiento y agitando los costados. Todos mis instintos médicos se

alzaron contra aquella risa.

—¡Pare! —grité—. ¡Contrólese! —y le escancié un poco de agua de una garrafa.

No sirvió de nada. Era víctima de uno de esos ataques histéricos que sufren las personas de carácter fuerte

después de haber pasado una grave crisis. Por fin consiguió serenarse, quedando exhausto y sonrojadísimo.

—Estoy haciendo el ridículo —jadeó.

—Nada de eso. Beba esto —añadí al agua un poco de brandyy el color empezó a regresar a sus mejillas.

—Ya me siento mejor —dijo—. Y ahora, doctor, quizás pueda usted mirar mi dedo pulgar, o más bien el sitio donde antes estaba mi pulgar.

Desenrolló el pañuelo y extendió la mano. Incluso mis nervios endurecidos se estremecieron al mirarla.

Tenía cuatro dedos extendidos y una horrible superficie roja y esponjosa donde debería haber estado el pulgar.

Se lo habían cortado o arrancado de cuajo.

—¡Cielo santo! —exclamé—. Es una herida espantosa. Tiene que haber sangrado mucho.

—Ya lo creo. En el primer momento me desmayé, y creo que debí permanecer mucho tiempo sin sentido.

Cuando recuperé el conocimiento, todavía estaba sangrando, así que me até un extremo del pañuelo a la muñeca y lo apreté por medio de un palito.

—¡Excelente! Usted debería haber sido médico.

—Verá usted, es una cuestión de hidráulica, así que entraba dentro de mi especialidad.

—Esto se ha hecho con un instrumento muy pesado y cortante —dije, examinando la herida.

—Algo así como una cuchilla de carnicero —dijo él. —Supongo que fue un accidente.

—Nada de eso.

—¡Cómo! ¿Un ataque criminal?

—Ya lo creo que fue criminal.

—Me horroriza usted.

Pasé una esponja por la herida, la limpié, la curé y, por último, la envolví en algodón y vendajes carbolizados.

Él se dejó hacer sin pestañear, aunque se mordía el labio de vez en cuando.

—¿Qué tal? —pregunté cuando hube terminado.

—¡Fenomenal! ¡Entre el brandy y el vendaje, me siento un hombre nuevo! Estaba muy débil, pero es que lo he pasado muy mal.

—Quizás sea mejor que no hable del asunto. Es evidente que le altera los nervios.

—Oh, no; ahora ya no. Tendré que contárselo todo a la policía; pero, entre nosotros, si no fuera por la

convinciente evidencia de esta herida mía, me sorprendería que creyeran mi declaración, pues se trata de

una historia extraordinaria y no dispongo de gran cosa que sirva de prueba para respaldarla. E, incluso si

me creyeran, las pistas que puedo darles son tan imprecisas que difícilmente podrá hacerse justicia.

—¡Vaya! —exclamé—. Si tiene usted algo parecido a un problema que desea ver resuelto, le recomiendo

encarecidamente que acuda a mi amigo, el señor Sherlock Holmes, antes de recurrir a la policía.

—Ya he oído hablar de ese tipo —respondió mi visitante—, y me gustaría mucho que se ocupase del

asunto, aunque desde luego tendré que ir también a la policía. ¿Podría usted darme una nota de presentación?

—Haré algo mejor. Le acompañaré yo mismo a verle.

—Le estaré inmensamente agradecido.

—Llamaré a un coche e iremos juntos. Llegaremos a tiempo de tomar un pequeño desayuno con él. ¿Se

siente usted en condiciones?

—Sí. No estaré tranquilo hasta que haya contado mi historia.

—Entonces, mi doncella irá a buscar un coche y yo estaré con usted en un momento —corrí escaleras

arriba, le expliqué el asunto en pocas palabras a mi esposa, y en menos de cinco minutos estaba dentro de

un coche con mi nuevo conocido, rumbo a Baker Street.

Tal como yo había esperado, Sherlock Holmes estaba haraganeando en su sala de estar, cubierto con un

batín, leyendo la columna de sucesos del Times y fumando su pipa de antes del desayuno, compuesta por

todos los residuos que habían quedado de las pipas del día anterior, cuidadosamente secados y reunidos en

una esquina de la repisa de la chimenea. Nos recibió con su habitual amabilidad tranquila, pidió más tocino

y más huevos y compartimos un sustancioso desayuno. Al terminar instaló a nuestro nuevo conocimiento

en el sofá, y puso al alcance de su mano una copa de brandy con agua.

—Se ve con facilidad que ha pasado por una experiencia poco corriente, señor Hatherley—dijo—. Por

favor, recuéstese ahí y considérese por completo en su casa. Cuéntenos lo que pueda, pero párese cuando se

fatigue, y recupere fuerzas con un poco de estimulante.

—Gracias —dijo mi paciente—, pero me siento otro hombre desde que el doctor me vendó, y creo que su

desayuno ha completado la cura. Procuraré abusar lo menos posible de su valioso tiempo, así que empezaré

inmediatamente a narrar mi extraordinaria experiencia.

Holmes se sentó en su butacón, con la expresión fatigada y somnolienta que enmascaraba su temperamento

agudo y despierto, mientras yo me sentaba enfrente de él, y ambos escuchamos en silencio el extraño

relato que nuestro visitante nos fue contando.

—Deben ustedes saber —dijo— que soy huérfano y soltero, y vivo solo en un apartamento de Londres. Mi profesión es la de ingeniero hidráulico, y adquirí una considerable experiencia de la misma durante los siete años de aprendizaje que pasé en Venner & Matheson, la conocida empresa de Greenwich. Hace dos años, habiendo cumplido mi contrato, y disponiendo además de una buena suma de dinero que heredé a la muerte de mi pobre padre, decidí establecerme por mi cuenta y alquilé un despacho en Victoria Street.

»Supongo que, al principio, emprender un negocio independiente es una experiencia terrible para todo el mundo. Para mí fue excepcionalmente duro. Durante dos años no he tenido más que tres consultas y un trabajo de poca monta, y eso es absolutamente todo lo que mi profesión me ha proporcionado. Mis ingresos brutos ascienden a veintisiete libras y diez chelines. Todos los días, de nueve de la mañana a cuatro de la tarde, aguardaba en mi pequeño cubil, hasta que por fin empecé a desanimarme y llegué a creer que nunca encontraría clientes.

»Sin embargo, ayer, justo cuando yo estaba pensando en dejar la oficina, mi secretario entró a decir que había un caballero esperando para verme por una cuestión de negocios. Traía además una tarjeta con el nombre "Coronel Lysander Stark" grabado. Pisándole los talones entró el coronel mismo, un hombre de estatura muy superior a la media, pero extraordinariamente flaco. No creo haber visto nunca un hombre tan delgado. Su cara estaba afilada hasta quedar reducida a la nariz y la barbilla, y la piel de sus mejillas estaba completamente tensa sobre sus huesos salientes. Sin embargo, esta escualidez parecía natural en él, no debida a una enfermedad, porque su mirada era brillante, su paso vivo y su porte firme. Iba vestido con sencillez pero con pulcritud, y su edad me pareció más cercana a los cuarenta que a los treinta.

»—¿El señor Hatherley? —preguntó con un ligero acento alemán—. Me ha sido usted recomendado, señor Hatherley, como persona que no sólo es competente en su profesión, sino también discreta y capaz de guardar un secreto.

»Hice una inclinación, sintiéndome tan halagado como se sentiría cualquier joven ante semejante introducción.

»—¿Puedo preguntar quién ha dado esa imagen tan favorable de mí? —pregunté.

»—Bueno, quizás sea mejor que no se lo diga por el momento. He sabido, por la misma fuente, que es usted huérfano y soltero, y que vive solo en Londres.

»—Eso es completamente cierto —dije—, pero perdone que le diga que no entiendo qué relación puede tener eso con mi competencia profesional. Tengo entendido que quería usted verme por un asunto profesional.

»—En efecto. Pero ya verá usted que todo lo que digo guarda relación con ello. Tengo un encargo profesional para usted, pero el secreto absoluto es completamente esencial. Secreto ab-so-lu-to, ¿comprende usted?

Y, por supuesto, es más fácil conseguirlo de un hombre que viva solo que de otro que viva en el seno de una familia.

»—Si yo prometo guardar un secreto —dije—, puede estar absolutamente seguro de que así lo haré.

»Mientras yo hablaba, él me miraba muy fijamente, y me pareció que jamás había visto una mirada tan inquisitiva y recelosa como la suya.

»—Entonces, ¿lo promete?

»—Sí, lo prometo.

»—¿Silencio completo y absoluto, antes, durante y después? ¿Ningún comentario sobre el asunto, ni de palabra ni por escrito?

»—Ya le he dado mi palabra.

»—Muy bien —de pronto se levantó, atravesó la habitación como un rayo y abrió la puerta de par en par. El pasillo estaba vacío.

»—Todo va bien —dijo, mientras volvía a sentarse—. Sé que a veces los empleados sienten curiosidad por los asuntos de sus jefes. Ahora podemos hablar con tranquilidad —arrimó su silla a la mía y comenzó a escudriñarme con la misma mirada inquisitiva y dudosa.

»Yo empezaba a experimentar una sensación de repulsión y de algo parecido al miedo ante las extrañas manías de aquel hombre esquelético. Ni siquiera el temor a perder un cliente impedía que diera muestras de impaciencia.

»—Le ruego que exponga su asunto, señor —dije—. Mi tiempo es valioso.

»—Que Dios me perdona esta última frase, pero las palabras salieron solas de mis labios.

»—¿Qué le parecerían cincuenta guineas por una noche de trabajo? —preguntó.

»—De maravilla.

»—He dicho una noche de trabajo, pero una hora sería más aproximado. Simplemente, quiero su opinión

acerca de una prensa hidráulica que se ha estropeado. Si nos dice en qué consiste la avería, nosotros mismos la arreglaremos. ¿Qué le parece el encargo?

»—El trabajo parece ligero, y la paga generosa.

»—Exacto. Nos gustaría que viniera esta noche, en el último tren.

»—¿Adónde?

»—A Eyford, en Berkshire. Es un pueblecito cerca de los límites de Oxfordshire y a menos de siete millas de Reading. Hay un tren desde Paddington que le dejará allí a las once y cuarto aproximadamente.

»—Muy bien.

»—Yo iré a esperarle con un coche.

»—Entonces, ¿hay que ir más lejos?

»—Sí, nuestra pequeña empresa está fuera del pueblo, a más de siete millas de la estación de Eyford.

»—Entonces, no creo que podamos llegar antes de la medianoche. Supongo que no habrá posibilidad de regresar en tren y que tendré que pasar allí la noche.

»—Sí, no tendremos problema alguno para prepararle una cama.

»—Resulta bastante incómodo. ¿No podría ir a otra hora más conveniente?

»—Nos ha parecido mejor que venga usted de noche. Para compensarle por la incomodidad es por lo que le estamos pagando a usted, una persona joven y desconocida, unos honorarios con los que podríamos obtener el dictamen de las figuras más prestigiosas de su profesión. No obstante, si usted prefiere desentenderse del asunto, aún tiene tiempo de sobra para hacerlo.

»Pensé en las cincuenta guineas y en lo bien que me vendrían.

»—Nada de eso —dije—. Tendré mucho gusto en acomodarme a sus deseos. Sin embargo, me gustaría tener una idea más clara de lo que ustedes quieren que haga.

»—Desde luego. Es muy natural que la promesa de secreto que le hemos exigido despierte su curiosidad. No tengo intención de comprometerle en nada sin antes habérselo explicado todo. Supongo que estamos completamente a salvo de oídos indiscretos.

»—Por completo.

»—Entonces, el asunto es el siguiente: probablemente está usted enterado de que la tierra de batán es un producto valioso, que sólo se encuentra en uno o dos lugares de Inglaterra.

»—Eso he oído.

»—Hace algún tiempo adquirí una pequeña propiedad, muy pequeña, a diez millas de Reading, y tuve la

suerte de descubrir que en uno de mis campos había un yacimiento de tierra de batán. Sin embargo, al examinarlo comprobé que se trataba de un yacimiento relativamente pequeño, pero que formaba como un puente entre otros dos, mucho mayores, situados en terrenos de mis vecinos. Esta buena gente ignoraba por completo que su tierra contuviera algo prácticamente tan valioso como una mina de oro. Naturalmente, me interesaba comprar sus tierras antes de que descubrieran su auténtico valor; pero, por desgracia, carecía de capital para hacerlo. Confié el secreto a unos pocos amigos y éstos propusieron explotar, sin que nadie se enterara, nuestro pequeño yacimiento, y de ese modo reunir el dinero que nos permitiría comprar los campos vecinos. Así lo hemos venido haciendo desde hace algún tiempo, y para ayudarnos en nuestro trabajo instalamos una prensa hidráulica. Esta prensa, como ya le he explicado, se ha estropeado, y deseamos que usted nos aconseje al respecto. Sin embargo, guardamos nuestro secreto celosamente, y si se llegara a saber que a nuestra casa vienen ingenieros hidráulicos, alguien podría sentirse curioso; y si salieran a relucir los hechos, adiós a la posibilidad de hacernos con los campos y llevar a cabo nuestros planes. Por eso le he hecho prometer que no le dirá a nadie que esta noche va a ir a Eyford. Espero haberme explicado con claridad.

»—He comprendido perfectamente —dije—. Lo único que no acabo de entender es para qué les sirve una prensa hidráulica en la extracción de la tierra, que, según tengo entendido, se extrae como grava de un pozo.

»—¡Ah! —dijo como sin darle importancia—. Es que tenemos métodos propios. Comprimimos la tierra en forma de ladrillos para así poder sacarlos sin que se sepa qué son. Pero éstos son detalles sin importancia. Ahora ya se lo he revelado todo, señor Hatherley, demostrándole que confío en usted —se levantó mientras hablaba—. Así pues, le espero en Eyford a las once y cuarto.

» —Estaré allí sin falta.

»—Y no le diga una palabra a nadie —me dirigió una última mirada, larga e inquisitiva, y después, estrechándome la mano con un apretón frío y húmedo, salió con prisas del despacho.

»Pues bien, cuando me puse a pensar en todo aquello con la cabeza fría, me sorprendió mucho, como podrán

ustedes comprender, este repentino trabajo que se me había encomendado. Por una parte, como es natural, estaba contento, porque los honorarios eran, como mínimo, diez veces superiores a lo que yo habría pedido de haber tenido que poner precio a mis propios servicios, y era posible que a consecuencia de este encargo me surgieran otros. Pero por otra parte, el aspecto y los modales de mi cliente me habían causado una desagradable impresión, y no acababa de convencerme de que su explicación sobre el asunto de la tierra bastara para justificar el hacerme ir a medianoche, y su machacona insistencia en que no le hablara a nadie del trabajo. Sin embargo, acabé por disipar todos mis temores, me tomé una buena cena, cogí un coche para Paddington y emprendí el viaje, habiendo obedecido al pie de la letra la orden de contener la lengua.

»En Reading tuve que cambiar no sólo de tren, sino también de estación, pero llegué a tiempo de coger el último tren a Euford, a cuya estación, mal iluminada, llegamos pasadas las once. Fui el único pasajero que se apeó allí, y en el andén no había nadie, a excepción de un mozo medio dormido con un farol. Sin embargo, al salir por la puerta vi a mi conocido de por la mañana, que me esperaba entre las sombras al otro lado de la calle. Sin decir una palabra, me cogió del brazo y me hizo entrar a toda prisa en un coche que aguardaba con la puerta abierta. Levantó la ventanilla del otro lado, dio unos golpecitos en la madera y salimos a toda la velocidad de que era capaz el caballo.

—¿Un solo caballo? —interrumpió Holmes.

—Sí, sólo uno.

—¿Se fijó usted en el color?

—Lo vi a la luz de los faroles cuando subía al coche. Era castaño.

—¿Parecía cansado o estaba fresco?

—Oh, fresco y reluciente.

—Gracias. Lamento haberle interrumpido. Por favor, continúe su interesantísima exposición.

—Como le decía, salimos disparados y rodamos durante una hora por lo menos. El coronel Lysander Stark había dicho que estaba a sólo siete millas, pero a juzgar por la velocidad que parecíamos llevar y por el tiempo que duró el trayecto, yo diría que más bien eran doce. Permaneció durante todo el tiempo sentado

a mi lado sin decir palabra; y más de una vez, al mirar en su dirección, me di cuenta de que él me miraba con gran intensidad. Las carreteras rurales no parecían encontrarse en muy buen estado en esa parte del mundo, porque dábamos terribles botes y bandazos. Intenté mirar por las ventanillas para ver por dónde íbamos, pero eran de cristal esmerilado y no se veía nada, excepto alguna luz borrosa y fugaz de vez en cuando. En un par de ocasiones, aventuré algún comentario para romper la monotonía del viaje, pero el coronel me respondió sólo con monosílabos, y pronto decaía la conversación. Por fin, el traqueteo del camino fue sustituido por la lisa uniformidad de un sendero de grava, y el carruaje se detuvo. El coronel Lysander Stark saltó del coche y cuando yo me apeé tras él, me arrastró rápidamente hacia un porche que se abría ante nosotros. Podría decirse que pasamos directamente del coche al vestíbulo, de modo que no pude echar ni un vistazo a la fachada de la casa. En cuanto crucé el umbral, la puerta se cerró de golpe a nuestras espaldas, y oí el lejano traqueteo de las ruedas del coche que se alejaba.

»El interior de la casa estaba oscuro como boca de lobo, y el coronel buscó a tientas unas cerillas, murmurando en voz baja. De pronto se abrió una puerta al otro extremo del pasillo y un largo rayo de luz dorada se proyectó hacia nosotros. Se hizo más ancho y apareció una mujer con un farol en la mano, levantándolo por encima de la cabeza y adelantando la cara para mirarnos. Pude observar que era bonita y por el brillo que provocaba la luz en su vestido negro, comprendí que la tela era de calidad. Dijo unas pocas palabras en un idioma extranjero, que por el tono parecían una pregunta, y cuando mi acompañante respondió con un ronco monosílabo, se llevó tal sobresalto que casi se le cae el farol de la mano. El coronel Stark corrió hacia ella, le susurró algo al oído y luego, tras empujarla a la habitación de donde había salido, volvió hacia mí con el farol en la mano.

»—¿Tendría usted la amabilidad de aguardar en esta habitación unos minutos? —dijo, abriendo otra puerta. Era una habitación pequeña y recogida, amueblada con sencillez, con una mesa redonda en el centro, sobre la cual había unos cuantos libros en alemán. El coronel Stark colocó el farol encima de un armonio

situado junto a la puerta—. No le haré esperar casi nada —dijo, desapareciendo en la oscuridad.

»Eché una ojeada a los libros que había sobre la mesa y, a pesar de mi desconocimiento del alemán, pude darme cuenta de que dos de ellos eran tratados científicos, y que los demás eran de poesía. Me acerqué a la ventana con la esperanza de ver algo del campo, pero estaba cerrada con postigos de roble y barras de hierro.

Reinaba en la casa un silencio sepulcral. En algún lugar del pasillo se oía el sonoro tic tac de un viejo reloj, pero por lo demás el silencio era de muerte. Empezó a apoderarse de mí una vaga sensación de inquietud.

¿Quiénes eran aquellos alemanes y qué estaban haciendo, viviendo en aquel lugar extraño y apartado?

¿Y dónde estábamos? A unas millas de Eyford, eso era todo lo que sabía, pero ignoraba si al norte, al sur, al este o al oeste. Por otra parte, Reading y posiblemente otras poblaciones de cierto tamaño, se encontraban dentro de aquel radio, por lo que cabía la posibilidad de que la casa no estuviera tan aislada, después de todo. Sin embargo, el absoluto silencio no dejaba lugar a dudas de que nos encontrábamos en el campo.

Me paseé de un lado a otro de la habitación, tarareando una canción entre dientes para elevar los ánimos, y sintiendo que me estaba ganando a fondo mis honorarios de cincuenta guineas.

»De pronto, sin ningún sonido preliminar en medio del silencio absoluto, la puerta de mi habitación se abrió lentamente. La mujer apareció en el hueco, con la oscuridad del vestíbulo a sus espaldas y la luz amarilla de mi farol cayendo sobre su hermoso y angustiado rostro. Se notaba a primera vista que estaba enferma de miedo, y el advertirlo me provocó escalofríos. Levantó un dedo tembloroso para advertirme que guardara silencio y me susurró algunas palabras en inglés defectuoso, mientras sus ojos miraban como los de un caballo asustado a la oscuridad que tenía detrás.

»—Yo que usted me iría —dijo, me pareció que haciendo un gran esfuerzo por hablar con calma—. Yo me iría. No me quedaría aquí. No es bueno para usted.

»—Pero, señora —dije—, aún no he hecho lo que vine a hacer. No puedo marcharme en modo alguno hasta haber visto la máquina.

»—No vale la pena que espere —continuó—. Puede salir por la puerta; nadie se lo impedirá —y entonces,

viendo que yo sonreía y negaba con la cabeza, abandonó de pronto toda reserva y avanzó un paso con las manos entrelazadas—. ¡Por amor de Dios! —susurró—. ¡Salga de aquí antes de que sea demasiado tarde!

»Pero yo soy algo testarudo por naturaleza, y basta que un asunto presente algún obstáculo para que sienta más ganas de meterme en él. Pensé en mis cincuenta guineas, en el fatigoso viaje y en la desagradable noche que parecía esperarme. ¿Y todo aquello por nada? ¿Por qué habría de escaparme sin haber realizado mi trabajo y sin la paga que me correspondía? Aquella mujer, por lo que yo sabía, bien podía estar loca. Así que, con una expresión firme, aunque su comportamiento me había afectado más de lo que estaba dispuesto a confesar, volví a negar con la cabeza y declaré mi intención de quedarme donde estaba. Ella estaba a punto de insistir en sus súplicas cuando sonó un portazo en el piso de arriba y se oyó ruido de pasos en las escaleras. La mujer escuchó un instante, levantó las manos en un gesto de desesperación y se esfumó tan súbita y silenciosamente como había venido.

»Los que venían eran el coronel Lysander Stark y un hombre bajo y rechoncho, con una barba que parecía una piel de chinchilla creciendo entre los pliegues de su papada, que me fue presentado como el señor Ferguson.

»—Éste es mi secretario y administrador —dijo el coronel—. Por cierto, tenía la impresión de haber dejado esta puerta cerrada. Le habrá entrado frío.

»—Al contrario —dije yo—. La abrí yo, porque me sentía un poco agobiado.

»Me dirigió una de sus miradas recelosas.

»—En tal caso —dijo—, quizás lo mejor sea poner manos a la obra. El señor Ferguson y yo le acompañaremos a ver la máquina.

»—Tendré que ponerme el sombrero.

»—Oh, no hace falta, está en la casa.

»—¿Cómo? ¿Extraen ustedes la tierra en la casa?

»—No, no, aquí sólo la comprimimos. Pero no se preocupe de eso. Lo único que queremos es que examine la máquina y nos diga lo que anda mal.

»Subimos juntos al piso de arriba, primero el coronel con la lámpara, después el obeso administrador, y yo cerrando la marcha. La casa era un verdadero laberinto, con pasillos, corredores, estrechas escaleras de

caracol y puertecillas bajas, con los umbrales desgastados por las generaciones que habían pasado por ellas.

Por encima de la planta baja no había alfombras ni rastro de muebles, el revoco se desprendía de las paredes

y la humedad producía manchones verdes y malsanos. Procuré adoptar un aire tan despreocupado como

me fue posible, pero no había olvidado las advertencias de la mujer, a pesar de no haber hecho caso de

ellas, y no les quitaba el ojo de encima a mis dos acompañantes. Ferguson parecía un hombre huraño y callado,

pero, por lo poco que había dicho, pude notar que por lo menos era un compatriota.

»Por fin, el coronel Lysander Stark se detuvo ante una puerta baja y abrió el cierre. Daba a un cuartito

cuadrado en el que apenas había sitio para los tres. Ferguson se quedó fuera y el coronel me hizo entrar.

»—Ahora —dijo— estamos dentro de la prensa hidráulica, y sería bastante desagradable que alguien la

pusiera en funcionamiento. El techo de este cuartito es, en realidad, el extremo del émbolo, que desciende

sobre este suelo metálico con una fuerza de muchas toneladas. Ahí fuera hay pequeñas columnas hidráulicas

laterales, que reciben la fuerza y la transmiten y multiplican de la manera que usted sabe. La verdad es

que la máquina funciona, pero con cierta rigidez, y ha perdido un poco de fuerza. ¿Tendrá usted la amabilidad

de echarle un vistazo y explicarnos cómo podemos arreglarla?

»Cogí la lámpara de su mano y examiné a conciencia la máquina. Era verdaderamente gigantesca y capaz

de ejercer una presión enorme. Sin embargo, cuando salí y accioné las palancas de control, supe al instante,

por el siseo que producía, que existía una pequeña fuga de agua por uno de los cilindros laterales. Un nuevo

examen reveló que una de las bandas de caucho que rodeaban la cabeza de un eje se había encogido y no

llenaba del todo el tubo por el que se deslizaba. Aquélla, evidentemente, era la causa de la pérdida de potencia

y así se lo hice ver a mis acompañantes, que escucharon con gran atención mis palabras e hicieron

varias preguntas de tipo práctico sobre el modo de corregir la avería. Después de explicárselo con toda claridad,

volví a entrar en la cámara de la máquina y le eché un buen vistazo para satisfacer mi propia curiosidad.

Se notaba a primera vista que la historia de la tierra de batán era pura fábula, porque sería absurdo

utilizar una máquina tan potente para unos fines tan inadecuados. Las paredes eran de madera, pero el suelo era una gran plancha de hierro, y cuando me agaché a examinarlo pude advertir una capa de sedimento metálico por toda su superficie. Estaba en cuclillas, rascándolo para ver qué era exactamente, cuando oí mascullar una exclamación en alemán y vi el rostro cadavérico del coronel que me miraba desde arriba.

»—¿Qué está usted haciendo? —preguntó.

»Yo estaba irritado por haber sido engañado con una historia tan descabellada como la que me había contado, y contesté:

»—Estaba admirando su tierra de batán. Creo que podría aconsejarle mejor acerca de su máquina si conociera el propósito exacto para el que la utiliza.

»En el mismo instante de pronunciar aquellas palabras, lamenté haber hablado con tanto atrevimiento. Su expresión se endureció y en sus ojos se encendió una luz siniestra.

»—Muy bien —dijo—. Va usted a saberlo todo acerca de la máquina.

»Dio un paso atrás, cerró de golpe la puertecilla e hizo girar la llave en la cerradura. Yo me lancé sobre la puerta y tiré del picaporte, pero estaba bien trabado y la puerta resistió todas mis patadas y empujones.

»—¡Oiga! —grité—. ¡Eh, coronel! ¡Déjeme salir!

»Y entonces, en el silencio de la noche, oí de pronto un sonido que me puso el corazón en la boca. Era el chasquido de las palancas y el siseo del cilindro defectuoso. Habían puesto en funcionamiento la máquina. La lámpara seguía en el suelo, donde yo la había dejado para examinar el piso. A su luz pude ver que el techo negro descendía sobre mí, despacio y con sacudidas, pero, como yo sabía mejor que nadie, con una fuerza que en menos de un minuto me reduciría a una pulpa informe. Me arrojé contra la puerta gritando y atacé la cerradura con las uñas. Imploré al coronel que me dejara salir, pero el implacable chasquido de las palancas ahogó mis gritos. El techo ya sólo estaba a uno o dos palmos por encima de mi cabeza, y levantando la mano podía palpar su dura y rugosa superficie. Entonces se me ocurrió de pronto que mi muerte sería más o menos dolorosa según la posición en que me encontrara. Si me tumbaba boca abajo, el peso caería sobre mi columna vertebral, y me estremecí al pensar en el terrible crujido. Tal vez fuera mejor ponerse

al revés, pero ¿tendría la suficiente sangre fría para quedarme tumbado, viendo descender sobre mí aquella mortífera sombra negra? Ya me resultaba imposible permanecer de pie, cuando mis ojos captaron algo que inyectó en mi corazón un chorro de esperanza.

»Ya he dicho que, aunque el suelo y el techo eran de hierro, las paredes eran de madera. Al echar una última y urgente mirada a mi alrededor, descubrí una fina línea de luz amarillenta entre dos de las tablas, que se iba ensanchando cada vez más al retirarse hacia atrás un pequeño panel. Durante un instante, casi no pude creer que allí se abría una puerta por la que podría escapar de la muerte. Pero al instante siguiente me lancé a través de ella y caí, casi desmayado, al otro lado. El panel se había vuelto a cerrar detrás de mí, pero el crujido de la lámpara y, unos instantes después, el choque de las dos planchas de metal, me hicieron comprender por qué poco había escapado.

»Un frenético tirón de la muñeca me hizo volver en mí, y me encontré caído en el suelo de piedra de un estrecho pasillo. Una mujer se inclinaba sobre mí y tiraba de mi brazo con la mano izquierda, mientras sostenía una vela en la derecha. Era la misma buena amiga cuyas advertencias había rechazado tan estúpidamente.

»—¡Vamos! ¡Vamos! —me gritaba sin aliento—. ¡Estarán aquí dentro de un momento! ¡Verán que no está usted ahí! ¡No pierda un tiempo tan precioso! ¡Venga!

Al menos esta vez no me burlé de sus consejos. Me puse en pie, un poco tambaleante, y corrí con ella por el pasillo, bajando luego por una escalera de caracol que conducía a otro corredor más ancho. Justo cuando llegábamos a éste, oímos ruido de pies que corrían y gritos de dos voces, una de ellas respondiendo a la otra, en el piso en el que estábamos y en el de abajo. Mi guía se detuvo y miró a su alrededor como sin saber qué hacer. Entonces abrió una puerta que daba a un dormitorio, a través de cuya ventana se veía brillar la luna.

»—¡Es su única oportunidad! —dijo—. Está bastante alto, pero quizás pueda saltar.

»Mientras ella hablaba, apareció una luz en el extremo opuesto del corredor y vi la flaca figura del coronel Lysander Stark corriendo hacia nosotros con un farol en una mano y un arma parecida a una cuchilla de

carnicero en la otra. Atravesé corriendo la habitación, abrí la ventana y miré al exterior. ¡Qué tranquilo, acogedor y saludable se veía el jardín a la luz de la luna! Y no podía estar a más de diez metros de distancia hacia abajo. Me encaramé al antepecho, pero no me decidí a saltar hasta haber oído lo que sucedía entre mi salvadora y el rufián que me perseguía. Si intentaba maltratarla, estaba decidido a volver en su ayuda, costara lo que costara. Apenas había tenido tiempo de pensar esto cuando él llegó a la puerta, apartando de un empujón a la mujer; pero ella le echó los brazos al cuello e intentó detenerlo.

»—¡Fritz! ¡Fritz! —gritaba en inglés—. Recuerda lo que me prometiste después de la última vez. Dijiste que no volvería a ocurrir. ¡No dirá nada! ¡De verdad que no dirá nada!

»—¡Estás loca, Elisa! —grito él, forcejeando para desembarazarse de ella—. ¡Será nuestra ruina! Este hombre ha visto demasiado. ¡Déjame pasar, te digo!

»La arrojó a un lado y, corriendo a la ventana, me atacó con su pesada arma. Yo me había descolgado y estaba agarrado con los dedos a la ranura de la ventana, con las manos sobre el alféizar, cuando cayó el golpe. Sentí un dolor apagado, mi mano se soltó y caí al jardín.

»La caída fue violenta, pero no sufrí ningún daño. Me incorporé, pues, y corrí entre los arbustos tan deprisa como pude, pues me daba cuenta de que aún no estaba fuera de peligro, ni mucho menos. Pero de pronto, mientras corría, se apoderó de mí un terrible mareo y casi me desmayé. Me miré la mano, que palpitaba dolorosamente, y entonces vi por vez primera que me habían cortado el dedo pulgar y que la sangre brotaba a chorros de la herida. Intenté vendármela con un pañuelo, pero entonces sentí un repentino zumbido en los oídos y al instante siguiente caí desvanecido entre los rosales.

»No podría decir cuánto tiempo permanecí inconsciente. Tuvo que ser bastante tiempo, porque cuando recuperé el sentido la luna se había ocultado y empezaba a despuntar la mañana. Tenía las ropas empapadas de rocío y la manga de la chaqueta toda manchada de sangre de la herida. El dolor de la misma me hizo recordar en un instante todos los detalles de mi aventura nocturna, y me puse en pie de un salto, con la sensación de que aún no me encontraba a salvo de mis perseguidores. Pero me llevé una gran sorpresa al mirar

a mi alrededor y comprobar que no había ni rastro de la casa ni del jardín. Había estado tumbado en un rincón del seto, al lado de la carretera, y un poco más abajo había un edificio largo, que al acercarme a él resultó ser la misma estación a la que había llegado la noche antes. De no ser por la fea herida de mi mano, habría pensado que todo lo ocurrido durante aquellas terribles horas había sido una pesadilla.

»Medio atontado, llegué a la estación y pregunté por el tren de la mañana. Salía uno para Reading en menos de una hora. Vi que estaba de servicio el mismo mozo que había visto al llegar. Le pregunté si había oído alguna vez hablar del coronel Lysander Stark. El nombre no le decía nada. ¿Se había fijado, la noche anterior, en el coche que me esperaba? No, no se había fijado. ¿Había una comisaría de policía cerca de la estación? Había una, a unas tres millas.

»Era demasiado lejos para mí, con lo débil y maltrecho que estaba. Decidí esperar hasta llegar a Londres para contarle mi historia a la policía. Eran poco más de las seis cuando llegué, fui antes que nada a que me curaran la herida, y luego el doctor tuvo la amabilidad de traerme aquí. Pongo el caso en sus manos, y haré exactamente lo que usted me aconseje.

Ambos guardamos silencio durante unos momentos después de escuchar este extraordinario relato. Entonces Sherlock Holmes cogió de un estante uno de los voluminosos libros en los que guardaba sus recortes.

—Aquí hay un anuncio que puede interesarle —dijo—. Apareció en todos los periódicos hace aproximadamente un año. Escuche: «Desaparecido el 9 del corriente, el señor Jeremiah Hayling, ingeniero hidráulico de 26 años. Salió de su domicilio a las diez de la noche y no se le ha vuelto a ver. Vestía, etc.».

¡Ajá! Imagino que ésta fue la última vez que el coronel tuvo necesidad de reparar su máquina.

—¡Cielo santo! —exclamó mi paciente—. ¡Eso explica lo que dijo la mujer!

—Sin duda alguna. Es evidente que el coronel es un hombre frío y temerario, absolutamente decidido a que nada se interponga en su juego, como aquellos piratas desalmados que no dejaban supervivientes en los barcos que abordaban. Bueno, no hay tiempo que perder, así que, si se siente usted capaz, nos pasaremos ahora mismo por Scotland Yard, como paso previo a nuestra visita a Eyford.

Unas tres horas después, nos encontrábamos todos en el tren que salla de Reading con destino al pueblecito de Berkshire. «Todos» éramos Sherlock Holmes, el ingeniero hidráulico, el inspector Bradstreet de Scodand Yard, un policía de paisano y yo. Bradstreet había desplegado sobre el asiento un mapa militar de la región y estaba muy ocupado con sus compases, trazando un círculo con Eyford como centro.

—Aquí lo tienen —dijo—. Este círculo tiene un radio de diez millas a partir del pueblo. El sitio que buscamos

tiene que estar en algún punto cercano a esta línea. Dijo usted diez millas, ¿no es así, señor?

—Fue un trayecto de una hora, a buena velocidad.

—¿Y piensa usted que lo trajeron de vuelta mientras se encontraba inconsciente?

—Tuvo que ser así. Conservo un vago recuerdo de haber sido levantado y llevado a alguna parte.

—Lo que no acabo de entender —dije yo— es por qué no lo mataron cuando lo encontraron sin sentido

en el jardín. Puede que el asesino se ablandara ante las súplicas de la mujer.

—No me parece probable. Jamás en mi vida vi un rostro tan implacable.

—Bueno, pronto aclararemos eso —dijo Bradstreet—. Y ahora, una vez trazado el círculo, me gustaría

saber en qué punto del mismo podremos encontrar a la gente que andamos buscando.

—Creo que podría señalarlo con el dedo —dijo Holmes tranquilamente.

—¡Válgame Dios! —exclamó el inspector—. ¡Ya se ha formado una opinión! Está bien, veamos quién

está de acuerdo. Yo digo que está al sur, porque la región está menos poblada por esa parte.

—Y yo digo que al este —dijo mi paciente.

—Yo voto por el oeste —apuntó el policía de paisano—. Por esa parte hay varios pueblecitos muy tranquilos.

—Y yo voto por el norte —dije yo—, porque por ahí no hay colinas, y nuestro amigo ha dicho que no

observó que el coche pasara por ninguna.

—Bueno —dijo el inspector echándose a reír—. No puede haber más diversidad de opiniones. Hemos recorrido

toda la brújula. ¿A quién apoya usted con el voto decisivo?

—Todos se equivocan.

—Pero no es posible que nos equivoquemos todos.

—Oh, sí que lo es. Yo voto por este punto —colocó el dedo en el centro del círculo—.

Aquí es donde los encontraremos.

—¿Y el recorrido de doce millas? —alegó Hatherley.

—Seis de ida y seis de vuelta. No puede ser más sencillo. Usted mismo dijo que el caballo se encontraba fresco y reluciente cuando usted subió al coche. ¿Cómo podía ser eso si había recorrido doce millas por caminos accidentados?

—Desde luego, es un truco bastante verosímil —comentó Bradstreet, pensativo—. Y, por supuesto, no hay dudas sobre a qué se dedica esa banda.

—Absolutamente ninguna —corroboró Holmes—. Son falsificadores de moneda a gran escala, y utilizan la máquina para hacer la amalgama con la que sustituyen a la plata.

—Hace bastante tiempo que sabemos de la existencia de una banda muy hábil —dijo el inspector—. Están poniendo en circulación monedas de media corona a millares. Les hemos seguido la pista hasta Reading, pero no pudimos pasar de ahí; han borrado sus huellas de una manera que indica que se trata de verdaderos expertos. Pero ahora, gracias a este golpe de suerte, creo que les echaremos el guante. Pero el inspector se equivocaba, porque aquellos criminales no estaban destinados a caer en manos de la justicia.

Cuando entrábamos en la estación de Eyford vimos una gigantesca columna de humo que ascendía desde detrás de una pequeña arboleda cercana, cerniéndose sobre el paisaje como una inmensa pluma de avestruz.

—¿Un incendio en una casa? —preguntó Bradstreet, mientras el tren arrancaba de nuevo para seguir su camino.

—Sí, señor —dijo el jefe de estación.

—¿A qué hora se inició?

—He oído que durante la noche, señor, pero ha ido empeorando y ahora toda la casa está en llamas.

—¿De quién es la casa?

—Del doctor Becher.

—Dígame —interrumpió el ingeniero—, ¿este doctor Becher es alemán, muy flaco y con la nariz larga y afilada?

El jefe de estación se echó a reír de buena gana.

—No, señor; el doctor Becher es inglés, y no hay en toda la parroquia un hombre con el chaleco mejor forrado. Pero en su casa vive un caballero, creo que un paciente, que sí que es extranjero y al que, por su aspecto, no le vendría mal un buen filete de Berkshire.

Aún no había terminado de hablar el jefe de estación, y ya todos corríamos en dirección al incendio. La carretera remontaba una pequeña colina, y desde lo alto pudimos ver frente a nosotros un gran edificio encalado que vomitaba llamas por todas sus ventanas y aberturas, mientras en el jardín tres bombas de incendios se esforzaban en vano por dominar el fuego.

—¡Ésa es! —gritó Hatherley, tremendamente excitado—. ¡Ahí está el sendero de grava, y éstos son los rosales donde me caí. Aquella ventana del segundo piso es desde donde salté.

—Bueno, por lo menos ha conseguido usted vengarse —dijo Holmes—. No cabe duda de que fue su lámpara de aceite, al ser aplastada por la prensa, la que prendió fuego a las paredes de madera; pero ellos estaban tan ocupados persiguiéndole que no se dieron cuenta a tiempo. Ahora abra bien los ojos, por si puede reconocer entre toda esa gente a sus amigos de anoche, aunque mucho me temo que a estas horas se encuentran por lo menos a cien millas de aquí.

Los temores de Holmes se vieron confirmados, porque hasta la fecha no se ha vuelto a saber ni una palabra de la hermosa mujer, el siniestro alemán y el sombrío inglés. A primera hora de aquella mañana, un campesino se había cruzado con un coche que rodaba apresuradamente en dirección a Reading, cargado con varias personas y varias cajas muy voluminosas, pero allí se perdió la pista de los fugitivos, y ni siquiera el ingenio de Holmes fue capaz de descubrir el menor indicio de su paradero.

Los bomberos se sorprendieron mucho ante los extraños dispositivos que encontraron en la casa, y aún más al descubrir un pulgar humano recién cortado en el alféizar de una ventana del segundo piso. Hacia el atardecer sus esfuerzos dieron por fin resultados y lograron dominar el fuego, pero no sin que antes se desplomara el tejado y la casa entera quedara tan absolutamente reducida a ruinas que, exceptuando algunos cilindros retorcidos y algunas tuberías de hierro, no quedaba ni rastro de la maquinaria que tan cara había costado a nuestro desdichado ingeniero. En un cobertizo adyacente se encontraron grandes cantidades de níquel y estaño, pero ni una sola moneda, lo cual podría explicar aquellas cajas tan abultadas que ya hemos mencionado.

La manera en que nuestro ingeniero hidráulico fue trasladado desde el jardín hasta el punto donde recuperó el conocimiento habría quedado en el misterio, de no ser por el mantillo del jardín, que nos reveló una sencilla historia. Era evidente que había sido transportado por dos personas, una de ellas con los pies muy pequeños y la otra con pies extraordinariamente grandes. En conjunto, parecía bastante probable que el silencioso inglés, menos audaz o menos asesino que su compañero, hubiera ayudado a la mujer a trasladar al hombre inconsciente fuera del peligro.

—¡Bonito negocio he hecho! —dijo nuestro ingeniero en tono de queja mientras ocupábamos nuestros asientos para regresar a Londres—. He perdido un dedo, he perdido unos honorarios de cincuenta guineas... Zy qué es lo que he ganado?

—Experiencia —dijo Holmes, echándose a reír—. En cierto modo, puede resultarle muy valiosa. No tiene más que ponerla en forma de palabras para ganarse una reputación de persona interesante para el resto de su vida.